

# EL ARCO

Año XX

Cartagena 8 Marzo 1929

Núm. 570

Periódico Católico de propaganda

CON CENSURA ECLESIASTICA

Director: JOAQUIN MATEO

Costeado por bienhechores

REDACCION Y ADMINISTRACION: P. TRES REYES, 2

Se reparte gratis

## El fin supremo

Las humildes florecillas que empiezan a hermoear los todavía entumecidos ribazos, pelados aun por las duras escarchas del invierno que desaparece, y las blancas y gláciles flores del primerizo almendro que anuncian la proximidad de la embriagadora primavera, así como la extensión cada vez más amplia, de los rayos del sol fecundo que calienta con fuego de vida los recodos de las umbrías y de los valles que fueron a bergue en la Invernada, del frío encogedor, de la esterilidad aplastante, nos dicen, mejor que las efemérides litúrgicas, que la epacta y que el calendario, que otra vez, en el círculo vertiginoso de nuestra vida, hemos arribado a la estación aquella en la que el cristiano se enfrenta, para meditarlos con toda atención y firmeza, con los verdaderos y trascendentes y urgentes problemas de la vida ulterior del hombre, con nuestro último y supremo fin.

La Ceniza y la Resurrección gloriosa de Cristo encierran el período cuaresmal.

Destrucción y resurrección, hitos de la vida de todo hombre; muy propio es, por consiguiente que paremos nuestra atención un momento hoy a considerar nuestro supremo fin.

Nunca cual hoy, absorben totalmente los negocios temporales el pensamiento y la actividad humana, porque las necesidades de ganarse el pan cotidiano se hacen sentir duramente, cruelmente.

Hoy se sufre, hoy se padece moralmente como nunca se ha sufrido y padecido por las complicaciones de una vida cuya ansiedad crece cada día más insospechadamente.

No necesitáis preguntar a aquellos que cada mañana se juntan en vuestro camino cual

sea su pensamiento principal y su idea directriz. El negocio, el dinero...

Este cuidado atisigador retira de los corazones la alegría y la fuerza de pensar en otros asuntos de índole más levantada.

No cabe decir que el olvido se acentúa para aquello más esencial. La despreocupación resulta total, completa, absoluta para aquello que constituye el principal deber del hombre. La relación de éste con su Creador.

Pero ¿será esto excusa aceptable en el día supremo de la cuenta fija?

Podríamos aceptarla y valer nos de ella en el caso en que la vida de cada uno de nosotros fuera una aventura sin fin determinado, en la que cada cual pudiera hacer lo que se le antojase.

Pero sobre el polvo de la tumba se levanta el alma que ante su Creador ha de responder de los pocos días, cuarenta, ochenta si se quiere años ¿qué más da? que ha administrado vida, talento, actividad, etc.

La cosa es así, con toda su gravísima transcendencia, como se dice allá en la conocida consideración, «creas o no creas te burles o lo aceptes, no podrás variar en un ápice su suprema realidad».

Lo que sucede es que se hace el silencio sobre estas cuestiones por ser demasiado altas, para tratarse útilmente en medio de las transacciones económicas en que ocupados andan la totalidad, desde la mañana hasta la noche.

Hoy día en el despacho, en el comercio, en la fábrica, en el almacén, en el campo, en el café, donde se discute la nueva disposición gubernamental, o la actual orientación política; en vuestras casas, entre aquellas gentes en las que estáis en con-

tinua relación y trato, ¿os ha dicho alguna palabra que os ayude a pensar en vuestro fin último y supremo?

En el teatro y en el cine donde acostumbráis a pasar las tardes y las noches del correr de vuestros días, todavía la atmósfera material os ha oprimido más fuertemente

Este es el crimen de nuestro tiempo; encerrar el horizonte entre fronteras sensibles, apartar sistemáticamente las miradas del cielo; suprimir en el aire el sonido de las palabras religiosas que una sociedad laica no pronuncia jamás.

Pero la Iglesia con los mismos dulces llamamientos con que la naturaleza llama al opio mismo de nuestros espíritus en este despertar espléndido de la suntuosa primavera, insiste en esta época cuaresmal de nuevo, diciéndonos con suprema bondad, con interés de madre:

Oye, hijo, ¿cuántas algunas vez en aquello que es lo «único necesario?»

«¿Qué haces de tu alma?» «¿Bila comina hacia Dios o se aparta de El?»

¡Oh! cuando sea llegada la última tarde de nuestra vida, cuando entre las sombras que las postreras lágrimas de nuestros ojos nos permitan ver la tumba decisiva y fría ¿cuanto habremos agradecido «que alguna persona nos hablara de nosotros mismos!»

J. BATALLER SISEROL.

*Yo quisiera ver un hombre sobrio moderado, casto, justo, proclamar que no existe Dios. Este por lo menos, hablaría sin interés. Pero este hombre no se encuentra.*

LA BRUYÈRE

## La hombrada de un niño

Paraba por una calle un simpático chiquillo, cuando oyó cerca de sí una horrible blasfemia.

Volvióse al instante, como movido por un resorte, con la mirada muy seria y con aire de gran indignación.

El blasfemo lanzó de nuevo el sucio esputo por aquella boca de infierno, y entonces el niño de ocho años, muy resuelto se acerca el hombre, se le encara, y, más tieso que un guardia de la porra, y como si quisiera añadir un palmo a su pequeña estatura, le dice en tono y en gesto que honraría al policía más serio y bigotudo:

—En la escuela me han enseñado que usted ha de pagar la multa, o ha de ir a la cárcel, por blasfemo.

La primera impresión del reprendido fué de sorpresa y desconcierto; la segunda, fué como la de un hombre que «quiere retirarse.» Pero el hombre de ocho años no estaba para risas.

En esto, ya alguna gente se había acercado, y un guardia se dirigía hacia aquel incipiente grupo. El chiquillo, que se dió cuenta, se dirigió hacia el guardia, y, con la misma resolución y fuerza de gesto y de mirada, le dice lo mismo que se lo hubiera podido decir al mismísimo gobernador de la provincia:

—¡Guardia! ¡Haga pagar la multa a ese hombre, o lívelo a la cárcel porque ha echado una blasfemia... La ley lo manda, y usted debe cumplirla!

Y de tal manera insistió, que al fin no tuvo más remedio el guardia que obedecer, pues todo el grupo, que iba engrosando por momentos, se puso energicamente en favor del pequeño y va lento denunciante.

He aquí un niño que a los ocho años era ya todo un hombre, y muy hombre, cuando otros, por desgracia, a los cincuenta son tan poco hombres que, a juzgar por sus blasfemias, debieran estar en un manicomio entre los locos, o en una cuadra, entre las bestias.

S. de P.

Imp. E. Garrido